

Certamen de
Microrrelatos
más allá DE LAS FRONTERAS



Mikrokontakizunen
Lehiaketa
MUGETATIK HARATAGO



Desde Alboan, nos complace presentar esta maravillosa recopilación de textos, resultado del Certamen Escolar de Microrrelatos: Más allá de las fronteras - Mugetatik haratago. La colección lleva por título Promoviendo los derechos de mujeres y niñas en movilidad forzada.

Esta propuesta nace con el objetivo de dar voz a las historias, experiencias y sueños de mujeres y niñas que enfrentan situaciones de movilidad forzada, y de sensibilizar a toda la comunidad sobre la importancia de proteger sus derechos y promover su bienestar.

A través de estos microrrelatos, los chicos y chicas nos invitan a reflexionar sobre los desafíos que enfrentan muchas mujeres y niñas en contextos de desplazamiento, así como sobre la fuerza, la esperanza y la resiliencia que demuestran cada día. Cada historia es una ventana a sus vidas, una oportunidad para entender mejor sus realidades y para comprometernos a defender sus derechos. La idea de compartir estos relatos es abrir la mirada y las puertas a todas las personas que llegan a nuestro entorno.

En esta publicación se han recopilado los relatos finalistas del Certamen. Pero en los centros educativos se han trabajado y escrito más de 300. Muchas gracias a quienes han dedicado este tiempo para reflexionar y visibilizar esta realidad.

Queremos agradecer a quienes han hecho posible este certamen: docentes, alumnado y miembros del Jurado que han participado y dedicado su tiempo para que haya sido posible este Certamen.

¡Esperamos que disfrutéis de la lectura y que estas historias nos inspiren como sociedad a un compromiso más profundo con la justicia y los derechos de las mujeres y niñas en movilidad forzada!



El largo viaje de Aisha

Mi nombre es Aisha y me gustaría compartir con vosotros un largo y duro viaje que tuve que emprender para huir de mi país, Siria.

Un frío día de invierno en mi pequeña casa, junto a mi madre Nour y a mi hermanito Alí, vi llegar a un mensajero que tocó a nuestra puerta. Mi madre, que tenía a Alí en sus brazos, abrió la puerta con cuidado y miedo; el pobre mensajero cubierto de nieve entró en casa y se sentó lentamente en una de las sillas de madera para contarnos, con mucha pena, que mi padre Mohamed había fallecido en la guerra civil de Siria.

Mi madre, llena de lágrimas en su rostro, se arrodilló en el suelo.

Yo quería hacer lo mismo, pero me resistí y cogí a Alí en brazos.

El mensajero, con los hombros encogidos, se fue de la casa.

Al día siguiente, todos seguíamos llenos de tristeza, pero ninguno nos esperábamos lo que iba a pasar.

En mitad de la noche, un grupo de terroristas atacó a mi pueblo y destrozaron todas las viviendas, incluyendo la mía. Pocas personas sobrevivieron, pero por suerte, mi madre, Alí y yo conseguimos escapar.

Mi madre pudo coger un poco de comida y dinero porque, aunque yo no lo sabía, no volveríamos nunca a nuestro hogar.

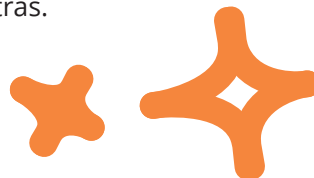
Fue a la mañana siguiente cuando empezamos nuestro largo viaje a Turquía, en el que afrontamos muchas dificultades.

Este viaje fue muy complicado, ya que tuvimos que recorrer cientos de kilómetros a pie, sin apenas comida y medicamentos con los que combatir las enfermedades.

Mi hermanito Alí padeció una grave enfermedad que no pudimos curar y, tristemente, falleció en mitad del viaje. A pesar de todas las dificultades, mi madre y yo luchamos sin descanso y conseguimos llegar a la frontera de Turquía.

Una vez allí, nos dejaron cruzarla y mi madre pidió el permiso de asilo. Mientras esperábamos a que se lo diesen, mi madre consiguió un trabajo como campesina, con un salario muy bajo, ¡Solo por ser mujer! Encadenó varios trabajos similares en un taller de alfombras y limpiando casas, pero siempre fue positiva. Yo fui a la escuela y poco a poco nos fuimos integrando, aunque nunca nos olvidaremos de nuestro pasado, de Alí, de papá y lo que dejamos atrás.

Autoras: Aurora Franconeti y Ainara Aramendía



Hana, la niña sin fronteras

Hola me llamo Hana

en Siria, Asia yo nací

con toda mi familia

siempre estaba muy feliz

Hasta que un día me enteré

que me tenía que ir de ahí

no sabía bien que hacer

y muy asustada me sentí

Hombres nos gritaban

a mi madre y a mí

y ella me repetía

que teníamos que huir

El miedo era lo único

que yo podía sentir

no paraba de llorar

y en peligro me vi

El viaje fue muy duro

pues a mi madre perdí

no sabía que una persona

tanto podía sufrir

Por fin llegué a España

y a una ONG fui

esta se llamaba Alboan

y a gente como yo conocí

SÉ que mi historia es dura

pero algo de ella aprendí

que, aunque seas niña o mujer

sí quieres lo puedes conseguir

Así que hay que tener fe

y aun con baches seguir.



Autora: Irene Macarro

Un viaje de dolor y tristeza

Se desvanecía la luna

y por fin salía el sol.

Yo seguía andando

sin saber dónde parar.

Seguíamos con miedo,

después de guerras y dolor.

Palestina medio destrozada,

con bombas a su alrededor.

Nos habían echado,

sin tener una buena razón.

Solo por ser mujeres

y ser de otra religión.

Es difícil despedirse

de nuestro querido hogar.

Todo lo que teníamos

ha quedado atrás.

Pero no tenemos más remedio

que continuar luchando,

por un mundo con igualdad.

Creo que tomamos una buena decisión.

Aunque aquí seguimos nosotras,

siempre rezando a Dios,

para que la movilidad forzada

no tenga que ser una obligación.

Autora: Julia Bernaola





No recuerdo la lluvia

-No consigo acordarme de la última vez que vi la lluvia - le digo a mi madre

Ella está intentando dar de comer al burro.

-La última vez que llovió en Somalia fue cuando eras muy pequeña, mi Amina, es casi imposible que te acuerdes cariño -me contesta mi madre.

Papá lleva casi un año fuera de casa, el día en el que se fue vinieron unos hombres a casa y se lo llevaron. Le pregunté a mi madre que porque se había ido y ella me dijo que iba a ayudarles en algo, pero aún no ha vuelto. Pronto se vuelve de noche. Hoy tengo suerte y tengo comida para cenar. Después de cenar, mamá me arropa y me besa en la frente.

- ¿Cuándo volverá papá? -le pregunto

-Volverá muy pronto-me contesta

- ¿Volverá antes de que cumpla cinco años?

-Antes incluso, mi amor. -

Unos ruidos de armas me despiertan, abro los ojos y mi madre me sobresalta. Me dice que nos tenemos que ir inmediatamente, me dice que el lugar en el que vivimos es un lugar muy peligroso y que debemos huir de él. Mamá coge un saquito, lo llena con la poca comida que tenemos y lo cuelga en el burro. Nos juntamos con otras mujeres y partimos.

- ¿A dónde vamos? -le preguntó a mi madre

-Vamos a un campo de refugiados-me responde

-¿Qué es eso?

-Es un lugar seguro donde no nos harán daño mi amor.

Llevamos muchos días andando, me duelen los pies y me rugen las tripas. Mamá se ha puesto enferma y parece muy cansada. Esta noche me acuesto en una tienda junto ella.

-¿Mamá, cuando lleguemos a ese lugar no tendremos que huir nunca más? le pregunto

-No Amina, en ese lugar nos protegen. Prométeme una cosa: siempre cuidarás de ti misma y lucharás por tus derechos-me dice -Te lo prometo, mamá

Al siguiente día me despierto y agito a mi madre. Ella no responde, salgo de mi tienda en busca de ayuda y una mujer entra en mi tienda. Decido esperar afuera. Unos instantes después sale la mujer entre lágrimas y me da la noticia.

-Tu madre ha fallecido-me dice

Estallo a llorar y la mujer me coge en brazos. Me acuna durante un tiempo hasta que me calmo un poco

-No temas cariño, pronto llegaremos a ese lugar y no tendremos que sufrir nunca más.

Autora: Natalia Prieto Lozano



Para las caras desconocidas

Kiev, 12 octubre de 2023

Cada día veo muchas caras distintas, pero ninguna son las que quiero ver; no son caras conocida. No son mi padre, mis amigos, un compañero de clase... No son nadie de mi vida anterior, pero son caras igual de asustadas que la mía, con los ojos igual de llorosos y las manos igual de temblorosas y sucias. Igual no son quienes yo conocía antes de todo esto, pero les entiendo con solo mirarlos.

Estoy segura de que ellos tampoco quieren esconderse, huir, dejar de estudiar y no ser capaces de soñar. Porque si soñamos es despiertos, al dormir todo lo que vemos son pesadillas, igual o peores que la realidad. Estoy convencida de que ocultarse de la verdad no hace que nos duela menos. No vemos nada de lo que pasa, pero oímos día tras día llantos, sirenas, bombas, gritos... Y aunque parezca imposible también oímos sus sentimientos: miedos, tristeza, incertidumbre, ansiedad, pánico...

Al pasar meses entre la huida y bajo tierra he tenido tiempo de pensar mucho, igual demasiado, y reflexiono sobre mi futuro, que al igual que el de todas las caras de mi alrededor, no tiene ninguna certeza. Vivimos cada día sin saber nada del futuro, de cuándo terminará esta estúpida guerra, en la que ni participo, ni apoyo a nadie... pero que sufro cada día como todos los de mi alrededor.

Todavía no sé qué pasará después de esta guerra, tras horas de reflexión solo he conseguido seguir pensando en el presente, el que tanto me asusta, en el que solo existe la huida. Porque el futuro solo trae falsas esperanzas, que aunque parezcan estúpidas son las que nos mantienen cuerdos; aparte de muchas preguntas: ¿Qué pasará con mi vida? ¿Con mis amigos, mi familia, mi ciudad...? ¿Y qué pasará con todas esas caras de mi alrededor?

Katya

13 años, Kiev, Ucrania

Autora: Diana Meso



Ya no me conformo

Me ardían los pulmones. Había corrido durante tanto tiempo que no recordaba siquiera el término “andar”. Sin embargo, sabía que si paraba él me encontraría. Mi marido. Y me apalearía como tantas veces había hecho antes, con unos puños que ya me eran muy familiares.

Aquella oscura noche, mientras huía, no solo cargaba con la inquietud del futuro y los constantes recuerdos que, convertidos en pesadillas, mi cabeza me obligaba a repetir desde que tengo memoria, atemorizando así mis días, pues transportaba entre mis esqueléticos brazos a mi hija Aminata, a la cual puse mi nombre cuando seis meses atrás, cuando di a luz al fruto de una larga serie de abusos desgarradores.

Compartíamos nombre y sin embargo, en aquel momento lo di todo por ella, para no compartir jamás una sola vivencia. Para que mi pequeña no pudiera contar en primera persona una historia de vida similar a la mía. Ella era todo lo que tenía. Pues sabía que no volvería a ver a mi familia, que quedó en Malí cuando yo logré escapar. Fue en ese instante cuando abrí los ojos. Había llegado hasta España y no tenía intención de conformarme con menos que una vida digna, sin necesidad de esconder una amoratada cara tras mi espesa capa de maquillaje.

Las oscuras calles de Valencia hicieron ademán de iluminarse con el primer rayo de luz bañando el cielo cuando, la penumbra me permitió distinguir una figura anciana. Mi experiencia y mis numerosos traumas me gritaban de forma ensordecedora que me alejara tan rápido como me lo permitieran mis piernas, que ahora en estado de alerta, temblaban dejando en evidencia mi nula confianza hacia la bondad de la raza humana

Fue entonces cuando sin importar nada, las huesudas extremidades que sostenían el resto de mi cuerpo comenzaron a avanzar antes de lo que mi cabeza llegó a asimilar.

Y ahí estaba. Llorando rendida ante los pies de la persona que sin saberlo en aquel momento, me devolvería todo el amor que en forma de golpes me arrebataron un día.
Soy Aminata y no volveré a conformarme con menos.

Autora: Celia Basterra Molins





Donde el viento no manda

—Sólo las niñas pueden pasar.

La mayor sintió que el mundo se desmoronaba. Miró a su madre, de rodillas en la tierra polvorienta, manos crispadas sobre el pecho, labios entreabiertos en un ruego que nadie escuchaba. La pequeña apretaba contra el pecho un oso de peluche, sucio y deshilachado.

A su espalda, la frontera seguía custodiada por soldados de rostros de piedra. El eco de aquellas palabras golpeó su mente como un susurro fósil, arrastrándola a los días que quedaron atrás. Las noches frías. El anciano que les dio pan duro. El niño que viajaba solo y desapareció mientras dormían. Nadie lo mencionó al amanecer. Polvo en la garganta. La esperanza sofocada.

El bullicio de los que huían se mezclaba con las órdenes secas de los soldados. No había tiempo para protestar. No había justicia.

—No —susurró la madre, pero su voz se perdió en el viento.

Habían caminado demasiado. Atrás quedaban el poblado de adobe, el río seco y los guayabos sin fruto.

El soldado las observó en silencio. Era joven. Bajo el casco, sus ojos se clavaron en la mayor con un brillo que no parecía hostil.

—Es la única opción —dijo, sin firmeza.

La pequeña soltó el peluche. Lo dejó caer y lo pisoteó con furia.

—¡No vamos a separarnos! —gritó.

El soldado bajó la mirada. Al alzarla, algo en él había cambiado. Se quitó la gorra y dejó caer el uniforme.

—Yo también escapé una vez —murmuró.

La mayor entendió. Se giró hacia su madre y su hermana.

—Ahora.

La madre dudó un instante. Luego se levantó y cogió a la pequeña.

Y corrieron.

Corrieron más allá de la frontera cerrada, más allá de los disparos que no llegaron. Corrieron hacia el horizonte abierto.

Donde el viento no tenía dueño.

Autor: José Antonio Aquerreta Malumbres



El silencio de los ahogados

La marea estaba alta. Las olas de gente rompían contra los escombros de aquella ciudad. Todas las personas se movían al mismo ritmo, como una corriente lenta pero constante que arrasaba con todo a su paso.

La niña llevaba semanas andando y ya no recordaba la última vez que había comido. La niña apretó el bulto envuelto que llevaba contra su pecho, lo meció ligeramente y continuó andando, en silencio.

Había perdido la voz. Desde que soltó la mano de su madre, un pitido ensordecedor la sacudía por dentro y le impedía articular palabra. Le habían bastado pocos horas sola para aprender que el silencio implicaba supervivencia. Así que andaba, sin rumbo, empujada por una marea de gente tambaleante.

Su hermanito tampoco gritaba, hacía días que había dejado de llorar, pero ella se negaba a soltarlo. Si le hubiese hecho caso a su madre, si no se hubiese distraído, su hermanito no desprendería ese olor nauseabundo y no estarían rodeados de caras desconocidas

La niña aguantó todo lo que pudo, pero una noche sus piernas le impidieron avanzar. Así que se sentó en el suelo y contempló a las personas avanzar, vió a los heridos y rezagados cerrando la marcha y cuando ya no vió a nadie, cerró los ojos y gritó. Gritó por su madre, por su padre, gritó por su hermana mayor, desaparecida en la primera noche, gritó por ella y por su hermanito, que jamás crecería. Gritó por las injusticias, por el dolor, por el sufrimiento.

Gritó por todas aquellas que ya no podían y gritó también por los que les escuchaban y se regaban a actuar.

Gritó hasta que se le rompió la voz, y cuando sus gritos se perdieron, lloró; porque una vez más, la corriente pasaba dejando ahogados por el camino.

Autora: Ana Alli García



Las que no se quedan atrás

El miedo llegó al pueblo de Elina como una grieta en la pared: al principio pequeña, casi invisible, luego creciendo hasta partirlo todo. Primero fue un rumor, después una vecina que desapareció, luego los disparos en la noche.

Su madre la despertó antes del amanecer.

—Nos vamos ya.

Salieron de San Pedro Sula con lo que llevaban puesto, evitando las calles donde los pandilleros marcaban las casas con pintura roja. La ciudad se vaciaba cada día más, y cada noche el miedo crecía. Caminaron hasta que la carretera se convirtió en polvo. A su alrededor, otras mujeres llevaban a sus hijos dormidos; los hombres caminaban con la cabeza agachada, como si hubieran visto demasiado. En un campamento improvisado, Elina conoció a Carmela, una mujer con un cuaderno viejo.

—Para que no nos olviden —le explicó.

El tiempo en el desierto pasaba lento, marcado por los pasos cansados. Algunos se quedaban atrás, pero no se hablaba de ellos. Una mañana, Carmela ya no estaba. Nadie dijo nada.

Después de semanas, llegaron a la frontera. Había soldados decidiendo quién podía pasar y quién no. Elina apretó la mano de su madre cuando las separaron.

—Es solo un momento —prometió.

Pero la fila avanzó, la gente empujaba, y su madre desapareció como si fuera un hilo que se soltó de un tejido roto. Elina gritó su nombre hasta que ya no pudo más.

En el suelo, vio el cuaderno de Carmela. Lo levantó y, con las manos temblorosas, escribió:

“Me llamo Elina. Busco a mi madre. No dejen que mi historia se pierda.”

Luego cerró el cuaderno y siguió adelante.
Porque en el camino, solo seguían las que no se quedaban atrás.

Autora: Maite Zabalza Martínez de Azagra





Úrsula

Perú, Mayo de 1999.

Úrsula es una peruana de 42 años que vive en los barrios bajos de Arequipa.

Su padre vive en los Estados Unidos. En Perú hay una crisis económica, delincuencia, desorden social y falta de oportunidades. Ella quiere ir a EE UU en busca de mejores oportunidades y para pasar más tiempo con su padre, que ya es mayor.

Ha estado ahorrando 20 años para irse del país, trabaja como mecánica reparando coches.

Aprendió el oficio ayudando a su tío. Trabajaba 14 horas al día. Le ha costado 20 años ahorrar 3.000 \$, y ahora que los tiene, piensa que es el momento de ir a EEUU. Además también dedicó este tiempo a aprender inglés.

Úrsula tiene que ir a la embajada americana en Lima, capital de Perú. Debe firmar algunos temas de migración. Al ser aceptada, se dirige al aeropuerto con la visa y papel documentado.

Por fin voló a Estados Unidos. Su padre la esperaba en el aeropuerto.

Se dieron un gran abrazo que nunca olvidará, cogieron un taxi y se fueron al departamento donde vivía el padre. Se alojaron y después se durmieron. A la mañana siguiente después de desayunar, salieron a buscar un empleo para ella.

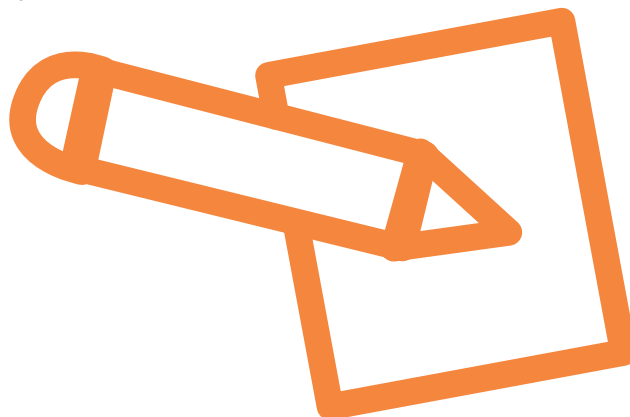
Recorrieron las calles de Washington D.C. Los edificios eran altos como las nubes.

Dejó su referencia en todos los talleres de mecánica que encontró.

Estuvo sin trabajo seis meses hasta que, por fin, encontró uno. Nunca dejó de insistir.

Ahora vive feliz junto a su padre. También trabaja muchas horas pero tiene mejor calidad de vida y puede disfrutar de la compañía de su padre.

Autor: Daniel Méndez



La migración forzosa de Priscila

Hola me llamo Priscila, soy una chica de nacionalidad colombiana de 20 años.

En mi país tenía los estudios básicos porque no pude hacer la educación secundaria ni estudiar una carrera por el hecho de ser mujer.

Desde hace tiempo, en mi país, hay mucha inseguridad, sobre todo a la tardenoche y por la noche.

Sea como sea tengo que huir en busca de una mejor calidad de vida.

Mi próximo destino es España, donde voy a reencontrarme con mi hermano Bryan.

Tras andar muchos kilómetros llegué a Cali donde contacté con un coyote y fui hasta él:

-Hola señor, ¿me podrías ayudar a llegar a España?, por favor - Le pregunté.

-Hola jovencita, ¿tienes dinero? – Me contestó.

-No señor, la verdad es que no, me lo he gastado todo en el viaje hasta aquí. - Le respondí.

-Vale, entonces hacemos un trato. Yo te ayudo, pero tú a cambio te vas a prostituir para conseguir tu dinero para el vuelo.

Como no me quedaba más remedio acepté, y estuve prostituyéndome una semana en Cali. Tuve malísimas experiencias, pero finalmente me ayudó a pasar y embarqué en el avión.

Ya en España, me di cuenta de que mi coyote me estaba amenazando desde Colombia para secuestrarme y mandarme de vuelta allí, pero finalmente eso no sucedió.

Unos meses más tarde, abrí los ojos y me di cuenta de todo lo que me había pasado. Empecé a beber mucho y a tomar muchas pastillas porque estaba en una enorme depresión.

Para intentar solucionar mi terrible problema fui a un psicólogo. Entre él y mi hermano Bryan me dieron algunas pautas y algunos consejos.

Finalmente, tras mucho esfuerzo, he conseguido salir de esa burbuja y actualmente trabajo de modista en una tienda de ropa. Mi situación es mejor y soy muy feliz.

Autor: Javier Montoya Extremado



La mujer mexicana

Guadalupe Fernanda es una mujer mexicana con dos hijos pequeños... Renata Victoria de 5 años y Emiliano Sebastian de 8 años.

Fue obligada a casarse cuando se quedó embarazada de Emiliano. Desde que nació su hija pequeña, no paró de humillarla y reprocharle de que él quería 2 varones, no una mujer inútil como ella.

Guadalupe se sentía devastada, pero no se arrepiente de tener a su hija, o abandonarla qué es lo su marido quería.

El marido aprovechó la situación y abusó de su hija pequeña, su hermano mayor veía a su hermana sufrir, y a su madre. Lloraba por las noches y cuidaba a su hermana, cuando Guadalupe estaba trabajando.

Guadalupe harta del maltrato de su marido, y de las malas condiciones de trabajo decidió escapar del país y buscar una vida mejor.

Trabajó muy duro, día y noche. Y sólo cobraba 34 pesos la hora... Pero pudo conseguir el dinero reunido para zarpar en un barco con la tripulación y sus hijos.

Abandonó a su marido, y tuvo un viaje muy largo e inesperado. Cuando llegó a España su vida cambió brutalmente.

Se mudó con sus tías, y llevó a sus hijos a un colegio público. Esperó meses y meses para conseguir la visa y los papeles.

Pudo conseguir un trabajo digno, y estudiar una formación profesional.

Cuando consiguió ese trabajo pudo llevar a sus hijos a un buen psicólogo, y reconstruir el himen a su hija pequeña. Ya que su hija le contó lo sucedido, y Guadalupe no se negó.

Le discriminaron mucho cuando vino. Pero ella nunca se rindió, trabajó muy duro para brindarles un buen futuro a sus hijos. Y por fin cobró el dinero correspondido de su esfuerzo...

Autora: Laura de la Torre



La vida en el Sahara

Había una vez una familia que vivía en el Sahara.

Vivían en un campo de refugiados, con ayuda humanitaria pero sin poder tener un trabajo que les permitiera tener una vida mejor.

La madre trabajaba cuidando a su familia. Les hacía la comida, a los hijos les mandaba a la escuela a estudiar, les daba mucha agua porque hacía mucho calor, etc.

Cansados de aquella vida, decidieron irse a París.

Tuvieron la suerte de contar con la ayuda de voluntarios que los ayudaron a salir de África.

Cuando llegaron, pensaban que iban a tener una vida mejor, pero: no entendían el idioma, no podían acceder a un trabajo, no tenían dinero, así que tuvieron que dormir en un albergue...

A la madre le preocupaba cómo mantendría a sus hijos.

Ella pensaba que sería fácil pero vio que aún tenía un largo camino por delante.

Después de unos meses de dudas e incertidumbres, se apuntó a clases de francés.

Cuando terminó de aprender francés, estudió magisterio gracias a unas becas.

Al pasar unos meses, después de acabar los estudios, la madre encontró un trabajo.

La cogieron para ser profesora.

Actualmente le pagan 1.700€ al mes.

Le gusta ese trabajo porque está en una guardería y le gusta estar con niños pequeños. Los cuida muy bien y los trata con mucho cariño.

Teniendo un trabajo, la madre pudo ayudar a su familia.

Por fin consiguió su objetivo. Les costó muchos años y sudor y lágrimas.

En París han encontrado una vida mejor.

Autora: Aitana Elizondo

